

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

OTROS TIEMPOS

ENTIERRO DE LA ORATORIA

YA no hay «oradores». Por lo menos, quedan muy pocos, y éstos sólo son, en definitiva, una pura y museable supervivencia. Se acabaron los «picos de oro». Hubo tiempos en que el mundo estaba en sus manos, o lo parecía. Púlpitos, foros y parlamentos constituyeron, en su momento, serias plataformas de influencia social, y los individuos de verbo fácil y pulmones sólidos solían conseguir notorios efectos sobre las instituciones y la ciudadanía. Nuestros bisabuelos nos lo explicarían con pelos y señales —con nombres y hechos—, si pudiesen levantar la cabeza. Hoy no subsiste apenas rastro de aquella euforia de peroratas. Los predicadores, los abogados y los políticos, en los días que corren, se limitan a leer informes o a manifestarse en tono coloquial y neutro. La pompa tribunicia, los trémoles declamatorios, los impromptus arrebatados en un brindis o en un mitin, han ingresado en el sereno reino de la historia. Ni siquiera la arenga castrense se aguanta: resulta inimaginable que un general del Pentágono pase a los anales de la literatura de su país como Napoleón figura en los de la literatura francesa. Y, puesto que salió a cuento el término «literatura», diré que, sí, bien mirado, también se trata de eso: un género literario desaparece. Demóstenes y Cicerón, Saint-Just y don Antonio Maura, Bossuet y Mussolini, Castelar y san Vicente Ferrer ven interrumpida su tradición: su posteridad.

¿Culpa del micrófono? Deberíamos retener la hipótesis, desde luego. El micrófono es un artilugio que ha alterado notablemente el «status» de una serie de actividades vocales, habitualmente ligadas a la potencia del aparato fonador y a la fortaleza de pecho de quienes las practicaban. Ahí están los cantantes, por ejemplo. Antes, los barítonos y las mezzosopranos se ganaban el duro y la fama a gritos limpios; ahora, cualquier señor afónico, con la ayuda del oportuno circuito periférico, logra embobar a las multitudes. Los oradores como Dios manda tenían que «hablar» sin mediaciones amplificadoras, en espacios más o menos anchos, y su éxito dependía del empuje «altisonante» que alcanzaban. Algún taimado prefacista cuyo apellido no recuerdo —dijo que la llamada «democracia burguesa» no era sino una «aristocracia de tenores». La fórmula, además de malévola, es graciosa y posee un relativo aspecto de verdad. Un buen parlamentario había de tener condiciones físicas muy semejantes a las de un tenor, so pena de fracasar en el empeño: entre entonar el «O paradiiso» o el «Celeste Alda» y proferir una Interpelación al gobierno, a menudo, no pudo existir mucha diferencia. Nunca sabremos hasta qué punto la enfermedad que hirió la garganta de Cambó fue fatal para los destinos de la Lliga. Sin la salud glótica de don

Juan Vázquez de Mella, «Fuerza Nueva» y «¿Qué pasa?» carecerían de doctrina. Más de un episodio de la Revolución de Octubre se decidió por la suficiencia de las laringes directivas. Etcétera.

El micrófono ha desplazado al orador político. Este es un hecho incontrovertible. Porque, además, hablar con un micrófono delante implica una técnica «suasoria» nueva: sobre todo, en su modalidad televisiva, que es la de mayor proyección popular. Hueiga advertir que no es lo mismo hablar de cara a un auditorio «presente», masivo, concentrado, susceptible de crisparse al compás de un latiguillo o de un apóstrofe estentóreo, que hablar ante el mecanismo de unas cámaras y unos focos, pensando en ser visto y oído por las familias en el reducto disperso de sus domicilios. Los gestos y el énfasis oral que eran inevitables en el teatro o en el estadio donde se celebraba una escalada de discursos no son ya «lícitos» en los estudios de la tele. Quizás el único personaje que ha sabido sostener en la pequeña pantalla los eternos recursos de la elocuencia, de la «grandilocuencia», ha sido el ex presidente francés Charles de Gaulle. La fascinación que de Gaulle ejerció sobre el electorado de su territorio se debía, ante todo, a las fabulosas dotes —naturales e histrónicas— de «orador» a la antigua usanza que le adornan, y a su habilidad en adaptarlas al nuevo medio audiovisual. Su programa casi no importaba. En el fondo, lo que de Gaulle acostumbraba a exponer, en cuanto a ideas, ya habría parecido anacrónico en tiempos de los Plantagenet, si vale aquí la broma de Snow. Pero su «manera» era realmente eficaz. De Gaulle es un orador nato, incluso cuando escribe. Porque éste es otro asunto: la oratoria «pronunciada» raramente resiste a la lectura. Don Gabriel Maura no se atrevió a publicar las oraciones políticas de su padre: las consideraba poco «consistentes». Por escrito, el orador ha de saber aguantar la tensión sin el apoyo de la voz —el gorgorito, las transiciones dramáticas, la modulación—: la retórica lo es todo. Así Cicerón, así Castelar.

Sea como fuere, se agotó la vena oratoria. En los templos, después del Vaticano II y sus secuelas, los clérigos renuncian, según tengo entendido, a las bellas plezas de ceremonia, propias de fiesta mayor. En los tribunales, sólo algún reminiscente letrado fósil se atreve a conilar en la elocución irrisada, y a medida que la magistratura se renueva y rejuvenezca, estos casos resultarán más y más insólitos. En cuanto a la política... El parlamentarismo entró en decadencia hace unos cuantos decenios, acosado por la derecha y por la izquierda. Naturalmente, la mayoría de los antiparlamentarios convictos y confesos conti-

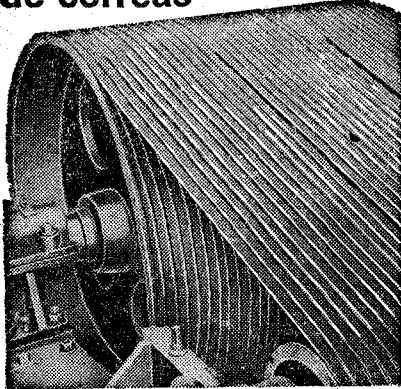
nuaban siendo entusiastas —o viciosos— de la oratoria. Sin salir de Madrid, para ceñir la referencia, desde Vázquez de Mella a Esteban Bilbao, y soy prudente en la mención, ¿pudieron resistir la tentación de la retórica «oral»? Pero los «parlamentarios» han acabado por ser lugares sin oratoria. ¿Qué diputado francés de hoy admitiría ser comparado con Jaurés o con...? Y lo mismo en Italia, o en Alemania, o en... Bueno: la lista no puede ser excesivamente larga: en definitiva, no hay demasiados países con solera parlamentaria. Los anglosajones, por su parte, no «discursen» a la manera continental. Quizá la oratoria sea un mero subproducto de las inercias greco-latinas: de nuestra charlatanería irrefrenable. El hecho es que la política actual no permite, en las cámaras legislativas, el lucimiento de los oradores. Ni tampoco fuera de ellas. Cada día se producen menos «mitines» en todas partes. La gente no se moviliza ya para «oír hablar». Se queda en casa a ver la televisión.

Todos estamos de acuerdo acerca de la eficacia de la televisión como instrumento de «persuaciones». Ya lo saben quienes la manejan, sea para imponernos un detergente, sea para habituarnos a una canción, sea para que creamos tal o cual publicidad no precisamente comercial. Pero, a fin de cuentas, a la máquina le falla «algo» que los abolidos oradores tenían el encanto de la efusión. La máquina aborrega o aborrica —verbo que la Real Academia Española quizá no registra, aunque de una etimología pecuaria bastante obvia—; el orador conmueve. O conmovió. Y admiraba: como admirar las señoras Montserrat Caballé o Victoria dels Àngels, echando por bajo. Nadie se sentirá inclinado a la ovación, a la lágrima o al júbil mientras soporta un «spot» político. Ni en estos pagos ni en parte alguna del universo mundo. Tal vez eso que se designa con la etiqueta de «despolitización» del vecindario esté relacionado con la jubilación de los oradores. Y la pérdida de clientela de las Iglesias, con el desdén por los especialistas en el sermón fervoroso. Naturalmente, tales fenómenos obedecen a factores más profundos, pero no sería discreto descartar éstos... Se habla mucho de «comunicación», «medios de comunicación», «comunicación de masas», «comunicación» a secas. Siempre es con el electrodómico interferido: radio, televisor, tocadiscos. El contacto directo entre «comunicante» y «receptor» sólo se produce en episodios esporádicos: una sesión teatral, una conferencia, un recital de canciones. Pero sólo en ámbitos rurales queda sitio para el orador, y muy poco. Para bien o para mal, así es.

Joaquín FUSTER

TRANSMITA MAS POTENCIA..I

con el mismo número de correas

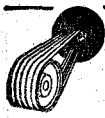


Instalando correas trapezoidales **TEXROPE**

- transmiten mayor potencia por correa.
- larga duración
- resistencia a los aceites minerales
- elimina la electricidad estática
- gran diversidad de secciones, desarrollos y tipos en stock

y como complemento para una buena transmisión.

Poleas Magic-grip, acoplamiento elástico e hidráulicos, reenvíos, variadores de velocidad, reductores sin fin, etc.



José Martín Azcue Zaldúa

elementos de transmisión
avd. sancho el sabio 29 - tel. 24514
san sebastián

UN CUENTO CADA SEMANA

HONRARAS A TU MADRE

RESULTA curioso comprobar cómo llegando a la segunda mitad de la vida la memoria nos suele jugar la travesada de hacernos recordar mejor los acontecimientos de la infancia que los muy posteriores, casi inmediatos. Por lo que a mí respecta, recuerdo mejor el sabor de las pastillas de chocolate que merendaba a los siete años, que los sedicentes gloriosos manjares de nuestras inefables cenas literarias. E infinitas cosas, pequeños accidentes que de repente vuelven y que nos hacen sonreír o nos ponen un nudo en la garganta.

Recuerdo ahora —y a veces son la base de muchos trabajos— las consejas casi terroríficas que contaban los viejos al amor de la lumbre. Y la no menos vieja historia que me contaba mi madre, supongo, que, entonces, con la sana intención de que me acordase con los años. O, quizá, simplemente, por sentir el gustazo de verme arrojado a su cuello jurando amor eterno.

Dicha historia, nunca olvidada del todo, recobró especial brillo hace unas semanas, cuando me enteré de lo sucedido a Juan y Petra, amigos lejanos —pues existen amigos lejanos como existen parientes ídem— y un poco olvidados. La historia, o quizá simple anécdota, en síntesis, porque el espacio apremia, es la siguiente: en un pueblo castellano, tan cargado de historia como de escombros, residía un labriego llamado Anselmo; pobre, honrado; trabajador, cachazudo, algo roñoso y de escaso ánimo. Casado estaba con Eunice, buena persona en el fondo, pero con una punta, o muchas puntas, de mal genio y egoísmo. Tenían dos hijos, Anselmín y María, ambos en la infancia. Anselmo padre había heredado de Anselmo abuelo lo corriente: unos cachos de tierra, algunos majuelos y un arrenal. Y, también, al propio Anselmo abuelo, baldado por los años y el reuma. El viejo vegetaba entre el sol del verano y el hogar de la trébede en invierno, seco como un sarmiento y arrugado como una pasa, con las manías propias de la edad. Por aquello de que donde no hay harina todo es mohina, la nuera encontraba cada vez más pesada la carga del viejo; primero fue el gruñir, luego las insinuaciones, más tarde los malos tratos y finalmente el incordio al marido. Anselmo, que primero negó con energía, luego con menos energía, y al final sin ninguna energía. Hicieron las gestiones pertinentes para ingresarlo en un asilo; a la chita callando, eso sí, porque no era necesario que el pueblo se enterase. Ni el mismo viejo lo sabía. Lo supo cuando la nuera comenzó a preparar unas mudas, algunas paquetillas de tabaco y una manta. Lo supo entonces, también, Anselmo nieto, viendo llorar al abuelo. Cuando ya estaban terminados los preparativos y faltaba ir al tren, Anselmo padre encontró a Anselmín guardando una manta: «¿Qué haces, hijo?» —quiso saber—. «Es que estoy guardando una manta para cuando me toques llevar a ti al asilo». Anselmo padre agarró una estaca, propinó una somanta a Eunice y rompió los papeles. Se supone que el viejo murió tranquilamente en el hogar.

Pues bien, esta historia que mucho me temo pertenezca a la tradi-

ción humanística de todos los pueblos y todas las lenguas y que por lo tanto usted debe conocer, la actualizó lo sucedido a los amigos antes aludidos: Juan y Petra. Los mismos materiales y personajes, salvando las diferencias de tiempo y circunstancias. Una historia igual, pero que no lo fue, si me sé explicar. Los factores idénticos: esposo débil, nuera gruñona y enérgica, anciana con manías y las cuatro esquinas de la convivencia diaria. Todo igual, menos el desenlace. Porque la vieja madre de Juan, dorada la pildora, fue llevada pomposamente a una llamada residencia de ancianos, vulgarmente asilo; y no es que tenga nada contra tales instituciones, que al fin y al cabo cumplen una misión social donde falla la misión de amor, pero debo puntualizar y lo hago.

Con la vieja internada, la vida siguió su curso. La visitaban los domingos y sobornaban sus conciencias con unos pasteles. Hasta que un día, el hijo del matrimonio, que no había descubierto, ni descubriría, la cuadratura del círculo, volvió a la casa con la estupenda noticia de que había suspendido en Religión. Tropezó, nada menos, con los Diez Mandamientos.

Nada de particular al fin y al cabo, pues yo conozco miles de cristianos que no tienen ni idea, o que teniendo la idea no concilian todos los días, pero grave en el aspecto escolar. Un examen es mucho más grave que una norma: Juan, algo escandalizado, se propuso hacer repasar la lección al cachorro y comenzó con los Mandamientos: «El primero: Amar a Dios sobre todas las cosas; el segundo: No usar su santo nombre en vano; el tercero: Santificar las fiestas; el cuarto: Honrar padre y madre...».

Al llegar aquí, Juan se puso lívido; suspendió la lección y miró a su mujer, que bajó la cabeza, avergonzada. Más tarde, en la intimidad de la alcoba, el hombre planteó la cuestión, volcando su tristeza y su amargura. La mujer, dándole la razón, le dijo que esperara un poco para regresar a la madre al hogar; esperar, simplemente, a cobrar la paga extra, a que hiciera buen tiempo, a pintar la habitación. Y así quedó la cosa.

Hasta que, una mañana, fueron avisados que la noche antes la madre había muerto, sobre el suelo de su habitación, donde fue encontrada tendida. Nada de particular, algo que sucedía todas las semanas. Lo normal en los ancianos. La edad, que ya se sabe no aguanta ni las caídas ni la soledad.

Cumplieron los trámites convencionales, lloraron, atendieron pesares, sufrieron sus consecuencias y volvieron a la casa. Una vez allí, la mujer dijo:

—Ya terminó todo. ¿Qué hacemos ahora?
—¿Ahora? —dijo él—. Ahora tenemos que empezar a prepararnos para cuando nuestro hijo no lleve al asilo.

Y esto fue lo que me contaron.

Tomás SALVADOR

Lámparas Pantallas **BERTRAN**
LLISTES DE CASAMENT

PLAFONS FANALS

Rebaixes per obres

LAMPARES
Plaça del Pl. 2 «tocant» Petritxol
Carrer del Pl. 16, «vora» Portaferria

EL IDIOMA INGLES

Nuevos cursos 300 y 450 ptas. al mes

- Profesores nativos y expertos
- Grupos reducidos
- Método muy completo

Clases: Mañanas, tardes o noche
Información: Rda. Universidad, 25. Tel. 232-06-71

EQUIPOS PORTATILES PARA PINTAR

ELECTROPIST

- TIPO B '4 HP
- TIPO D '12 HP

CON COMPRESORES ROTATIVOS Y PISTOLA CON MANDO ELECTRICO A DISTANCIA

Solicite Catálogo **Rodabolar**

Avda. José Antonio, 600 Barcelona Tels. 222 69 18 y 222 69 68

juguetes ROCA

ALMACENES

ventas al por mayor

Viladomat, 111 (jto. Av. J. Antonio) Tel. 223 06 13

cantidad-precio = buen servicio = últimas novedades

enviamos a toda Cataluña

* lotes especiales para entidades y empresas

artículos regalo para el hogar • plásticos